

¿CUÁNTOS CABALLOS VE USTED?

Breve comentario sobre la discriminación

Jorge Daniel García Salman

La Habana, Cuba

Marzo 2017

martapv@infomed.sld.cu

Si atendemos a la definición del vocablo *discriminación* que hace el **Pequeño Larousse**, nos encontramos con que tiene una sola acepción como sustantivo: *Acción de discriminar, trato desigual: discriminación racial*. Más allá de mi natural curiosidad, una indagación seria me obliga a consultar en el mismo diccionario el verbo *discriminar*. Ya aquí me encuentro con dos acepciones: 1. *Diferenciar, separar. (sinónimo: distinguir)* 2. *Dar trato de inferioridad a una persona o colectividad*.

La discriminación como capacidad para distinguir me recuerda mi descubrimiento de las estrellas dobles. Cuando niño, mirando al cielo de noche noté que había estrellas que de momento parecían azules y de momento, rojas. En aquel momento pensé que había estrellas bicolores, pero después encontré que en los libros de astronomía se hablaba de pares de estrellas que orbitan alrededor de un centro común, y se les llama *estrellas dobles*. Un telescopio potente nos permite constatar la presencia de dos estrellas donde a simple vista observamos sólo una: el telescopio aumenta nuestro poder de discriminación.

En la foto siguiente podemos contar los caballos y determinar cuántos hay, cuántos hay negros y cuántos blancos o de otro pelaje, gracias a la capacidad de discriminación de nuestra visión. Algunos tal vez precisen de

lentes para asegurar un conteo de caballos sin error. ¿Cuántos caballos ve usted?



Nuestra capacidad para percibir las diferencias nos permite vivir en una realidad donde cada objeto o fenómeno tiene un carácter singular. *Cada persona es única e irrepetible*, solemos decir. Incluso la noción de que *no podemos entrar dos veces en el mismo río*, atribuida al filósofo griego Heráclito de Efeso, es común para la filosofía taoísta, el budismo, la dialéctica materialista y el pensamiento complejo.

La discriminación nos permite distinguir un rostro en la muchedumbre, percibir la singularidad dentro de la totalidad, diferenciar la brillantez de la mediocridad, lo sano de lo enfermo, lo agradable y atractivo de lo desagradable y repulsivo, y por tanto encontrar nuestro camino individual y

nuestra posición en la red global en la que estamos todos, consciente o inconscientemente.

Podemos llegar a la conclusión de que percibir las diferencias, o sea, discriminar, es importante para desenvolvernos por el mundo, ya que las diferencias son un atributo ineludible de la realidad. Sin embargo, para muchos la palabra *discriminación* -según el Larousse *acción de discriminar*- nos trae a la mente *trato desigual*, incluso con frecuencia el ejemplo ilustrativo de la discriminación racial. ¿Por qué tantos llamados a la lucha contra la discriminación, siendo ésta una capacidad que nos permite desenvolvernos por el mundo? ¿Por qué *discriminar* se percibe como un término peyorativo por las corrientes humanistas de la modernidad hacia acá, a pesar de que sin capacidad de discriminación sólo fuéramos capaces de presenciar una realidad gris uniforme?

Somos hijos entre otras cosas de una cultura hegemónica eurocéntrica, antropocéntrica y androcéntrica, que no sólo ha cultivado la individualidad y la percepción de las diferencias en detrimento de la unidad y la percepción de las semejanzas, sino que ha creado fronteras y demarcaciones donde ha puesto las diferencias y la semejanzas en lados distintos, incluso opuestos.

Desde el punto de vista genético somos idénticos en un 80% a la mosca de las frutas, un 90% idénticos al ratón y un 98% al chimpancé. Los seres humanos difieren entre sí en un 0,01% de acuerdo con su contenido genético. Incluso la hembra de cualquier especie se dice que tiene una dotación genética completa, mientras que la carencia de algunos genes hace que surjan los caracteres sexuales en el macho. ¿Tiene entonces algún sentido pretender que las personas reciban tratos desiguales por

razones de género o color de piel? ¿En una sociedad que se reconoce como civilizada?

Resulta alarmante el surgimiento de una nueva palabra en nuestro idioma –*femicidio*– para distinguir los asesinatos a mujeres –o sea, discriminar– de las muertes inferidas a hombres, antes englobadas en el concepto de homicidio. Si bien algunos argumentan que antes existía un subregistro en las estadísticas de violencia hacia la mujer, lo cierto es que en algunas regiones estos índices van en aumento. Los que practican la violencia contra la mujer no parecen tener en cuenta que nacieron de mujer y sobrevivieron bebiendo de sus pechos. **Mujer** es la mitad de **humanidad**, y ambas mitades son tan complementarias como las dos hebras del ADN: no puede existir una sin la otra.

Los fenotipos característicos de las razas humanas, surgidos como resultado del proceso de adaptación a diferentes regiones del planeta, no se deben a diferencias en la dotación genética de estos grupos humanos, sino a diferentes patrones de expresión de los mismos genes. Por fortuna, la inclinación natural de las personas jóvenes en edad reproductiva encuentra lo diferente –de nuevo gracias al poder discriminativo– no ya como *opuesto* sino como *interesante*, y son cada vez más las parejas interraciales que transforman dichas diferencias en un continuo donde cada vez es más difícil precisar hasta dónde se es blanco, negro, amarillo o cobrizo. El éxito biológico-social del mestizaje muestra hasta dónde estuvo Hitler errado en sus propósitos de promover la pureza racial, a la vez que pronostica el descalabro de los que hoy promueven la monoganería o la monoagricultura de organismos genéticamente modificados en detrimento de la biodiversidad.

Encontrar interesantes, incluso atractivas las diferencias individuales en personas del mismo sexo; sentir identidad con el género opuesto al biológico, ha sido también objeto de trato desigual, discriminatorio y estigmatizado. Muchos homosexuales y bisexuales de uno u otro sexo han sido y son objeto de destierro familiar y laboral, incluso de asesinato. También en este aspecto la cultura social se va encaminando a aceptar la diversidad sexual como una más entre otras, incluso modificando las leyes.

La espiritualidad humana congregada en instituciones de fe ha erigido más muros que puentes en la historia de la humanidad, y ha tenido más repercusión en la manipulación de las personas por intereses mezquinos que en la formación de valores altruistas y en la revelación de la presencia de Dios en nuestro interior. Cristo sería capaz de crucificarse de nuevo a sí mismo si regresara a nuestro mundo y supiera de los crímenes cometidos en su nombre. Los chiitas y sunitas siguen los preceptos de Mahoma y de su yerno, respectivamente, y hoy por hoy se matan entre sí, a pesar de que el Corán los cataloga a todos como hijos de Dios.

Quien haya viajado por el mundo y haya tocado diferentes pueblos con la palma de las manos, debe haberse percatado de que todos tenemos los mismos sueños, anhelos y esperanzas: vivir y crecer, tener hijos que crezcan saludables, que aprendan y se hagan trabajadores honrados, y ver nacer y crecer a los hijos de sus hijos en la familia en que viven, de la mejor forma de las posibles. Catalogar a las personas de acuerdo con las fronteras que los rodean, diferenciarlas por las banderas que enarbolan sus gobernantes, clasificarlas en indígenas, eurodescendientes o afrodescendientes, es olvidar que todos somos indígenas de la Tierra y que son más, muchas más las cualidades que nos unen que las que nos separan.

Más aún, somos vida dentro de la vida, y estamos enlazados indisolublemente al resto de los seres vivos que hoy pueblan la Tierra, tanto por haber tenido antepasados comunes, como por nuestra interdependencia. Por consiguiente, no se trata sólo de respetar otras formas de vida por el mero hecho de prevenir un riesgo a la supervivencia humana, sino porque nuestra capacidad de conocer el mundo y reflexionar sobre nosotros mismos no nos da el derecho de disponer a libre arbitrio de la integridad de la Biosfera, sino el deber de actuar con suma responsabilidad ante cada cosa que planeamos o hacemos, para reducir nuestra huella ecológica al máximo.

Una cultura que propugna un trato desigual a personas por razones de género, color de piel, orientación política, religiosa o sexual, tiene detrás un poder jerárquico que pertenece predominantemente a un género, a un color de piel, responde a una política, predica una religión y muestra una orientación sexual, todas ellas hegemónicas sobre sus contrapartes o alternativas. Este poder ha mantenido y pretende eternizar el modelo de civilización imperante desde los tiempos en que unos hombres, por la fuerza de las armas, convirtieron a otros en esclavos productores de riquezas. No pertenecemos a ese poder, por lo que no tenemos que identificarnos con su cultura. Hemos de desarrollar la nuestra.

Un modelo de civilización que privilegie las diferencias en detrimento de las semejanzas, es un modelo disarmónico, o sea, enfermo. De acuerdo con la sabiduría popular, *los tiempos de crisis son tiempos de oportunidades*, y dentro de ese modelo hay ya corrientes, incluso escuelas de pensamiento que se han percatado de las disarmonías del sistema y a través de la red de redes, del ejemplo personal y sobre todo de la interacción entre las personas, dentro de las comunidades, entre las comunidades y sin creer en las fronteras, ya están cambiando las

conciencias. Este comentario se propone integrarse a ese mar de información y contribuir a promover ese cambio cultural.

Al final, si usted logró contar quince o dieciséis caballos, sabrá que es un buen **discriminador**, aunque ame por igual a todos los seres vivientes de la Tierra.